

Michel Nieva

La infancia del mundo



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: © Adrián Villar Rojas
Imágenes del interior: © Catinga (Gustavo Guevara)

Primera edición: febrero 2023
Segunda edición: febrero 2023
Tercera edición: mayo 2024

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Michel Nieva, 2023
CASANOVAS & LYNCH AGENCIA LITERARIA, S. L.
info@casanovaslynch.com

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2023
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-0178-1
Depósito legal: B. 19950-2022

Printed in Spain

Romanyà Valls, S. A., Sant Joan Baptista, 35
08789 La Torre de Claramunt

A Miguel Villafañe, in memoriam

Pero todo pasa en este inmundo mundo.

AURORA VENTURINI

*The antarctic continent was once temperate
and even tropical.*

H. P. LOVECRAFT

En el Caribe Pampeano



EL NIÑO DENGUE

Nadie quería al niño dengue. No sé si por su largo pico, o por el zumbido constante, insoportable, que producía el roce de sus alas y desconcentraba al resto de la clase, lo cierto es que, en el recreo, cuando los chicos salían disparados al patio y se juntaban a comer un sánduche, conversar y hacer chistes, el pobre niño dengue permanecía solo, adentro del aula, en su banco, con la mirada perdida, fingiendo que revisaba con suma concentración una página de sus apuntes, para disimular el inocultable bochorno que le produciría salir y dejar en evidencia que no tenía ni un solo amigo con quien hablar.

Corrían muchos rumores sobre su origen. Algunos decían que, por las condiciones infectas en que vivía la familia, en un rancho con latas oxidadas y neumáticos en los que se acumulaba agua de lluvia podrida, se había incubado una nueva especie mutante, insecto de proporciones gigantescas, que había violado y preñado a la madre, luego de haber matado a su marido de una forma horrenda; otros, en cambio, sostenían que el insecto gigante habría violado y contagiado al padre, quien, a su vez, al eyacular adentro de la madre, habría engendrado a ese ser

inadaptado y siniestro y que, al verlo recién nacido, los abandonó a ambos, desapareciendo para siempre.

Muchas otras teorías, que ahora no vienen al caso, se comentaban sobre el pobre niño. Lo cierto es que cuando sus compañeritos, ya aburridos, reparaban en que el niño dengue se había quedado solo en el aula, simulando que hacía la tarea, lo iban a molestar:

—Che, niño dengue, ¿es cierto que a tu mamá la violó un mosquito?

—Eu, bicho, ¿qué se siente ser hijo de la chele podrida de un insecto?

—Che, mosco inmundo, ¿es cierto que la concha de tu vieja es una zanja rancia de gusanos y cucarachas y otros bichos y que de ahí saliste vos?

Inmediatamente, las antenitas del niño dengue empezaban a temblar de rabia y de indignación, y los pequeños hostigadores se escapaban entre risotadas, dejando de vuelta al niño dengue solo, sorbiendo su dolor.

No era mucho más agradable la vida del niño dengue cuando volvía a su casa. Su madre (él juzgaba) lo consideraba un fardo, una aberración de la naturaleza que la había arruinado para siempre. ¿Una madre sola, con un hijo? Criar un hijo en esa situación siempre es difícil, pero al cabo de los años, el niño dará motivos de dicha a la madre, que justificarán con creces su esfuerzo, y eventualmente el niño será un joven y después un adulto, que podrá acompañar y ayudar y mantener económicamente a la madre, quien, cuando envejezca, recordará con nostalgia el hermoso pasado compartido y se llenará de orgullo por los logros de su primogénito. ¿Pero un hijo mutante, un niño dengue? Este es un monstruo que habrá que alimentar y cargar hasta la tumba. Un extravío de la genética, cruce enfermo de humano e insecto que, frente a la mira-

da asqueada de propios y ajenos, solo producirá vergüenza, pero que nunca, jamás de los jamases, dará ni un logro, ni una satisfacción a la madre.

Por eso (él juzgaba) la madre lo odiaba, y estaba llena de resentimiento contra él.

Lo cierto es que ella trabajaba de sol a sol para mantener a su hijo. Todos los días, sin descanso ni feriado, viajaba hacinada en una lancha colectiva el penoso trecho de ciento cincuenta kilómetros hasta Santa Rosa. Durante la semana, era empleada doméstica en un edificio del distrito financiero, mientras que sábados y domingos hacía de niñera en casas de gente rica de la zona residencial de esa misma ciudad. Cuando llegaba, por la noche, a su propio hogar, estaba demasiado cansada, cargando con la violencia recibida por sus patrones, y no tenía paciencia para nada. A veces, cuando abría la puerta y se encontraba con el chiquero que el niño dengue, por carecer de manos, dejaba involuntariamente por la mesa y el suelo, le gritaba:

—¡Bicho pelotudo! ¡Mirá el quilombo que hiciste!

De la bronca acumulada lo perseguía con la escoba mientras el insecto sobrevolaba torpemente por la cocina, tirando de los estantes ollas y platos al suelo y aumentando la destrucción y el desorden, hasta que la madre se hartaba y se ponía a limpiar, resignada, aunque (él juzgaba) mirándolo de reojo con odio despiadado.

La madre del niño dengue aún era muy joven y hermosa, y como carecía de tiempo para salir a conocer gente, cuando creía que su hijo se había ido a dormir, tenía citas virtuales, encerrada en su pieza. El niño dengue, desde su propio catre, la escuchaba conversar entusiasmada y, a veces, reír.

¡Reír!

Una manifestación de alegría tan hermosa, que ja-

más profería estando con él. Entonces, curioso (acometiendo un enorme esfuerzo para dominar el ruido de sus zumbidos), el niño dengue sobrevolaba con sigilo desde la cocina hasta la puerta de la madre, y metía alguno de los omatidios de su ojo compuesto por la cerradura. La madre, como sospechaba, se veía feliz, luciendo un hermoso vestido de flores, riendo y contando chistes, transformándose en una mujer desconocida para el niño dengue, casi una nueva persona, ya que en la cotidianeidad que compartían siempre estaba preocupada, cansada o triste.

De pronto, el niño dengue, mientras espía por la cerradura, se ensombrecía, y pensaba cuánto mejor hubiera sido la vida de la madre si no hubiera tenido la desgracia de que un monstruoso mosquito la violara y le diera un hijo infectado y mutante.

¡Horror siniestro de las más amargas verdades!

¡Él, un monstruo, que había arruinado la vida de su madre para siempre!

Era en esa hora de desvelo y de luz vaga cuando el niño dengue volvía a la pieza y, al mirarse al espejo, se encogía de espanto.

Donde la madre hubiera querido orejitas, el niño dengue tenía unas gruesas antenas peludas.

Donde la madre hubiera querido la naricita, el niño dengue tenía el largo pico renegrado como un palo duro y quemado.

Donde la madre hubiera querido la boquita, el niño dengue tenía la carne deforme y florecida de los palpos maxilares.

Donde la madre hubiera querido ojitos del color de su madre, el niño dengue tenía dos bolas marrones y grotescas, compuestas por cientos de omatidios de movimientos

independientes y dispares, que tanta abominación y asco causaban.

Donde la madre hubiera querido piecitos gordos con deditos enternecedores de bebé, el niño dengue tenía patas bicolors y penosamente delgadas, finas como cuatro agujas.

Donde la madre hubiera querido la pancita, el niño dengue tenía un abdomen áspero, duro y traslúcido, en el que se vislumbraba un manojito de tripas verdosas y malolientes.

Donde la madre hubiera querido bracitos, brotaban las alas, y sus nervaduras, como várices de viejo podrido, y donde la madre hubiera querido sus risitas y encantadores gimoteos, solo había un zumbido constante y enloquecedor, que quemaba los nervios hasta del ser más tranquilo.

Su reflejo, en suma, le confirmaba lo que siempre supo: que su cuerpo era una inmundicia.

Amasando esta certeza terrible, el niño dengue se preguntaba si, además de ser un repugnante monstruo, un día no se volvería también una amenaza mortal.

En efecto, él sabía que la mayor de las preocupaciones de la madre, que hostigaba sus noches y días, era que el niño dengue en algún momento, cuando creciera y deviniera en hombre dengue, no pudiera controlar el instinto que lo marcaba, y empezara a picar e infectar de dengue a todo el mundo, incluida a ella, o a algún compañerito de la escuela. Un hijo que, encima de mutante portador de virus, se haría su transmisor deliberado, su gozoso vehículo homicida, y que la condenaría aún a peores amarguras. Por eso, cuando el niño dengue se iba por la mañana a la escuela, la madre, junto al almuerzo, le entregaba otro pequeño táper, mientras le susurraba lastimosamente al oído: